



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

LA TRAVESÍA DEL VIDENTE

MARIO MENDOZA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Félipe Morris

© 2012, Mario Mendoza

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13:978-958-42-3322-6

ISBN 10:958-42-3322-X

Primera impresión: julio de 2013

Segunda impresión: febrero de 2016

Tercera impresión: febrero de 2017

Cuarta impresión: febrero de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MARIO MENDOZA (biografía)

Nació en Bogotá en 1964. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), así como *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009), la obra testimonial *La locura de nuestro tiempo* (2010), *Apocalipsis* (2011) y *La importancia de morir a tiempo* (2012). Con el libro de cuentos *La travesía del vidente* obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. Ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás* en 2002.

Este libro es un homenaje a la literatura del mar, en cuyas páginas me formé como lector, y más tarde como escritor neófito que intentaba aprender los secretos y rigores del oficio. Muchas de las claves de la vida interior las aprendí al lado de esos protagonistas que veían en el mar un elemento propicio para la aventura. Que sea el momento, entonces, de enunciar ese aprendizaje.

M. M.

*Estando en la cruz extrañas imágenes te visitarán. Y saldrás
de ti hacia nuevos y vastos territorios donde la palabra y el gesto
no caerán en el olvido.*

MAHMUD SALEH

ÍNDICE

Molokai	13
El sermón de las siete palabras	35
El secreto	41
Historia hallada en un óghabe de un muelle de Mombay	47
Diario de un vagabundo en Palestina	53
En la prisión de Hyderabad.....	63
La travesía del vidente	77
Las fuerzas oscuras.....	127
Alexander Selkirk	147

MOLOKAI

Para mi padre, in memoriam.

Mi nombre es Angus Longworth, caballero de la Orden de San Miguel y San Jorge, y miembro de la Orden del Imperio Indio. Soy, y he sido durante muchos años, el médico encargado del hospital central de Lakena, territorio de las islas del Mar del Sur perteneciente al reino de Gran Bretaña. Tengo actualmente cincuenta y dos años; veintinueve de ellos los he entregado a la investigación de ciertas enfermedades pulmonares que son frecuentes en estos parajes. Puede deducirse, por lo tanto, que soy un hombre de ciencia serio, en pleno uso de sus facultades mentales y poco dado a la imaginación o a las supersticiones que son propias de individuos ignorantes. Considero que las aclaraciones dadas son imprescindibles, pues el futuro lector de estos papeles puede estar seguro de que el juicio que daré sobre las narraciones del capitán Baudesson está basado no sólo en un análisis racional riguroso,

sino en los innumerables años de experiencia que he tenido como jefe del hospital más importante de Polinesia.

Hace dos meses un indígena Kiva que trabaja como enfermero en la isla de Molokai, donde habitan los leprosos expulsados del archipiélago, me trajo unos manuscritos que, según él, había encontrado en una de las grutas de la parte alta de la isla. Me dijo, presa del pánico, que lo narrado en esos papeles era verídico y que él, que comprendía sin problemas el inglés y el francés, había hablado en varias ocasiones con el propio capitán Baudesson, cuya historia se encontraba en las hojas que ahora dejaba a mi cuidado. Luego salió del hospital sin dar más razones. En los días siguientes lo busqué, pregunté por él en las islas vecinas, pero fue en vano: el hombre había desaparecido por completo. Según me dijeron, embarcó para el Japón en un navío holandés.

Ahora, he releído varias veces el manuscrito y creo que puedo resumir mi opinión en tres puntos fundamentales:

1. Conozco al padre Damián, sacerdote belga encargado de la misión de Molokai, desde hace ocho años: es un hombre extraordinario, muy instruido, excelente lector, dedicado a sus enfermos e incapaz de hacerle mal a alguien. Acostumbra venir de vez en cuando por drogas y medicamentos, y cuando no viene de urgencia lo he invitado a pasar algunas veladas en mi casa, en las cuales hemos tenido largas conversaciones sobre diferentes temas. Por eso estoy convencido de que las afirmaciones del capitán Baudesson sobre él son falsas.

2. Los leprosos de la misión son seres trabajadores, devotos de sus obligaciones religiosas, que con grandes esfuerzos han construido sus casas y labrado sus campos. No es posible imaginar en ellos una vida distinta del recogimiento y la austeridad.

3. Es obvio que el capitán Baudesson inició su relato luego de fuertes conmociones cerebrales y que muy probablemente los nervios y la desesperación le produjeron el amok, que es frecuente en estos casos. Además, en las últimas hojas se ve un trazo difícil, propio de alguien que necesita hacer mucho esfuerzo para dirigir su mano. Como si esto fuera poco, el propio capitán confiesa haber tenido pesadillas y alucinaciones, que con seguridad fueron producto de una fiebre aguda en estado muy avanzado.

Todo ello me inclina a pensar que la narración pertenece a un demente y que los hechos allí descritos no pueden ser tomados como verosímiles. Había pensado destruir el manuscrito y olvidarme de esa historia. Sin embargo, un amigo mío se ha interesado en él y viajará a Gran Bretaña para publicarlo, luego de ser estudiado por el Royal Anthropological Institute y la Royal Asiatic Society de Londres.

Angus Longworth,
a marzo 16 de 1861.

Soy Charles Baudesson, capitán del Kintyre, navío inglés dedicado al intercambio mercantil entre algunos puertos europeos y las islas de Melanesia y Polinesia, en el Océano Pacífico Meridional. La historia que a continuación narraré es la única forma de romper el silencio que me consume; abrigo la esperanza de que ella llegue algún día a ser conocida en Europa, y que de esta manera aquellos que me conocieron tengan acceso a la terrible encrucijada que me tendió el destino.

Salimos de Bournemouth el 9 de agosto de 1859. Llegamos a las Azores el 20 de septiembre, luego de hacer escala en varios puertos portugueses, en los cuales compramos vino y provisiones suficientes. Permanecemos tres noches en las Azores y en ninguna de ellas descendí a tierra. Temía que los hombres decidieran tomar represalias en contra del Kintyre, en vista de que el jefe de la compañía los había sancionado en Bournemouth por encontrar irregularidades en las bodegas. Mis sospechas se centraban principalmente en un hombre: Walter Wood. Era un tipo silencioso, de mirada esquiva, sin amigos entre la tripulación y en general de costumbres bastante extrañas. Solía vagabundear por los burdeles de los puertos y en varias ocasiones lo encontré borracho en la playa, murmurando palabras ininteligibles en idiomas desconocidos.

Algunos marineros afirmaban que Wood había contraído matrimonio en Djask, puerto persa del Golfo de Omán, y que después de un año feliz de matrimonio había ahorcado a su mujer en medio de una embriaguez que le costó tres años de prisión. Yo procuraba no darle demasiada importancia a esos rumores, pues historias similares se habían tejido siempre alrededor de hombres como Wood.

La noche antes de partir alisté el revólver y me dispuse a hacer una vigilancia rigurosa en los lugares cercanos al barco. Cerca de las dos de la mañana divisé una sombra que se acercaba al muelle por el lado de la costa. Me escondí detrás de unas cajas de aceite español que habían sido desembarcadas esa misma tarde. El hombre se detuvo frente a la proa y en el momento justo en que se disponía a trepar por la escalerilla lo alumbré con la linterna: era Wood. Me acerqué a él con lentitud.

—¿Qué diablos haces aquí a estas horas?

—Nada en especial. Estaba aburrido y decidí venir a echar un vistazo.

—¿Y lo que llevas bajo el brazo?

—Un poco de vino. Me lo regalaron en la taberna del viejo Moe.

—Bueno, lárgate. Sabes muy bien que nadie puede subir a bordo hasta las cinco.

Me miró como si fuera a lanzarse sobre mí para tajar-me la carne a cuchilladas y se fue sin decir una palabra. Cuando lo vi lejos quité mi mano derecha del revólver. Lo

habría matado como a un perro si hubiera intentado el más mínimo movimiento.

Al amanecer comenzaron a llegar los integrantes de la tripulación, pero él no se presentó. Jamás volví a verlo y creo que mi vida no sería hoy lo que es de haber permitido que Walter Wood volara la embarcación aquella noche. No se me ocurrió pensar que ese misterioso marinero se llevaba mi felicidad debajo del brazo.

Partimos de las Azores el 23 de septiembre a las siete de la mañana, con un tiempo formidable que auguraba un buen viaje. Mis hombres se encontraban optimistas y muy pronto dejamos de ver el último pedazo de tierra que se insinuaba a lo lejos. Durante tres meses navegamos sin contratiempos. La segunda semana del cuarto mes —el 3 de enero de 1860— el cielo se nubló en su totalidad, los vientos azotaron con violencia las velas y en la atmósfera podía percibirse el hálito de la próxima tormenta. Al llegar la noche el cielo pareció quebrarse en miles de fragmentos a la vez y la lluvia se lanzó con decisión hacia nosotros. Había dado las instrucciones necesarias para evitar descuidos fatales, pero éstas no fueron cumplidas con exactitud. Una hora después, más de la mitad de la tripulación había sido arrojada por la borda. Las olas pasaron de medianas a gigantescas, haciendo inevitable la inundación dentro del buque; nuestra respiración se hacía más difícil, pues ellas se estrellaban contra nuestros cuerpos, manteniéndonos hasta siete u ocho segundos por debajo del agua. El viento nos impulsaba hacia el suroeste, desviándonos varias mi-

llas de nuestra ruta original. Esto complicaba la situación porque nos impedía navegar hacia la isla de Santa Helena, donde era posible encontrar ayuda. Estábamos a 20º de longitud oeste, 15º8' de latitud sur, y aproximadamente nos dirigíamos hacia el Trópico de Capricornio con 25º longitud oeste. Siguiendo mis cálculos, al cabo de seis o siete días estaríamos frente a las costas de Brasil o, mejor, el Kintyre con nuestros cadáveres sobre la cubierta.

En la mañana del segundo día la tempestad amainó y cerca de las doce desapareció por completo, dando paso a un sol tropical que comenzó a quemar nuestra piel húmeda y maltratada. Me arrastré como pude hasta la proa del barco y fui preguntando uno por uno los nombres de los marineros: sólo once respondieron. Luego bajé a las bodegas y comprobé con alegría que la carga estaba a salvo. En general, nuestra situación era bastante aceptable: el Kintyre no había sido herido de gravedad, la mercancía permanecía intacta y teníamos comida suficiente. La suerte no nos abandonaba.

En las siguientes horas dos de los heridos murieron y nos vimos en la necesidad de tirarlos al mar con los demás cadáveres para evitar alguna epidemia. Recuerdo que uno de los hombres me dijo con voz grave, penetrante:

—Sabe una cosa, capitán, en Biak enterramos a los muertos con un libro en la mano, generalmente la Biblia, y una bolsa de tabaco en los bolsillos.

—¿Para qué, Hedin?

—Para que la eternidad no los coja por sorpresa.

El 15 de febrero llegamos a Tristán da Cunha, isla perteneciente al Brasil, donde hicimos unas cuantas reparaciones al Kintyre. Allí contraté hombres suficientes para completar la tripulación y el 20 partimos con rumbo a las Georgias del Sur, últimas islas del Océano Atlántico que aparecían en nuestra ruta. Según los cálculos, estaríamos en ellas en los primeros días de mayo, como en efecto sucedió. Durante este tiempo hubo un acontecimiento que sorprendió a la tripulación: el suicidio de Athol Joyce, marinero irlandés de treinta y tres años que había ingresado a la compañía dos lustros atrás. Lo descubrimos una mañana ahorcado del mástil de la vela mayor. La soga estaba oculta entre la carne del cuello y su cadáver amoratado se bamboleaba por la fuerza del viento. Encontramos entre sus cosas la siguiente nota —que transcribo de memoria—, dirigida a una mujer que todos desconocíamos:

Evelyne,

Ya nada tiene sentido. He vivido cinco años con tu recuerdo incrustado en el cuerpo y el mar no ha podido vencer las innumerables señales de aquellas noches compartidas. Ahora la nostalgia no me basta. Por eso he decidido ir hacia otros territorios, donde acaso mi alma encuentre el olvido. Pero ten presente siempre, Evelyne, que un día regresaré.

Athol Joyce

El 2 de junio de 1860, a las 6 a. m., nos encontrábamos a 48°15' de longitud oeste y a 61°37'12" de latitud sur, lo que

indicaba que muy pronto estaríamos cruzando el Pasaje de Drake. El mar estaba en calma y la temperatura, aunque bastante baja, era agradable. Vimos varias ballenas que pasaban cerca del Kintyre, provenientes seguramente del Mar de Bellingshausen.

Llegó la noche. El viento comenzó a soplar hacia el sur. Ese hecho era peligroso en este lugar ya que con frecuencia se formaban inmensos remolinos de corrientes inestables que iban y venían desde el Cabo de Hornos hasta las islas Shetland del Sur. A las diez de la noche el cielo era una densa masa negra y el viento aumentó su potencia. Bajamos las velas, reforzamos la amurada de estribor y cada cual buscó la posición que creía más estratégica para no ser arrojado por la borda. Algunos hombres se pasaron las amarras por el pecho o los hombros, error fatal que unas horas más tarde les costaría la vida. Cerca de las tres, las olas que embestían contra la proa alcanzaban los cinco o seis metros de altura. El peligro aumentaba porque estábamos entrando en zona de icebergs. Era necesario aligerar el buque cuanto antes y decidí arrojar al mar el mayor número de objetos posible, incluida la carga. Con grandes peligros logramos en una media hora desocupar casi por completo el barco; a pesar de ello, el naufragio parecía inevitable: las olas habían crecido de tamaño, el viento era ahora un huracán que golpeaba desde varios puntos, las corrientes submarinas impulsaban la nave hacia abajo y lo peor era que el Kintyre comenzaba a chocar con los diferentes icebergs que hallaba a su paso.